

Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)*, Madrid, Abada, 2017, 298 págs.

En *Las nubes* de Aristófanes, un discípulo de Sócrates le mostró al agricultor ateniense Estrepsíades un mapa de su ciudad, pero Estrepsíades lo rechazó y negó que lo fuera porque no podía ver «a los jueces en sesión» (v. 208), es decir, no aparecía en dicha imagen un elemento que a su entender resultaba tan propio y significativo de la capital griega y de sus habitantes como eran los litigios. La cómica anécdota de Aristófanes pone de manifiesto las dificultades para la representación de una ciudad, para trazar el retrato de una realidad especialmente multifacética y compleja. Estas dificultades se acentúan si, como persigue el libro que reseñamos, la atención se dirige a una capital que, como sede del poder,

ya sea en el Ática o en España, suele asumir una extraordinaria proyección simbólica. Crecen todavía más los obstáculos al detenerse en un periodo extenso del pasado pues se quiere rescatar una trama fluyente, nunca detenida, y sumergida parcialmente por las posteriores alteraciones urbanas.

Pero el autor de este, digámoslo ya, excelente ensayo no rehúye estos desafíos, sino que desenvuelve su relato en esa misma tensión. El resultado no puede ser más sugestivo. Se abordan las transformaciones que se dieron y se pretendieron en Madrid desde 1701, fecha de entronización de Felipe V y la dinastía borbónica, a 1833, con el fallecimiento de Fernando VII y la finalización, poco antes, de la espectacular maqueta de Madrid de León Gil de Palacio (Museo de Historia de Madrid, 5,20 × 3,50 metros). No es un periodo cualquiera o indistinto, un corte stratigráfico azaroso, sino decisivo en la historia de Madrid y no analizado hasta la fecha como se hace aquí. El autor incide en que con la llegada de los borbones la ciudad se empezó a mirar de modo distinto y se inauguraron los destacados cambios que, en ocasiones de manera más planificada, en otras menos, hicieron que en el «largo siglo XVIII» Madrid diese los primeros pasos decisivos para su conversión en una capital moderna, burguesa y liberal.



Esa pujante ciudad que se iba dotando de nuevos elementos y significados es precisamente la encapsulada en la maqueta de Gil de Palacio, una paradójica imagen estática de una trama urbana que el libro demuestra cómo se había remodelado en las décadas anteriores y que estaba a punto de ser transformada radicalmente en los años siguientes.

En una deliciosa acuarela de Domingo de Aguirre fechada en 1780 (Biblioteca Nacional de España, Dib/14/48/47) se muestra una vista de la entrada de Madrid por la recién inaugurada Puerta de Alcalá. En primer término aparecen unos atareados operarios tallando grandes sillares, lo que revela que la edificación era un aspecto caracterizador de la nueva capital y de su representación. Álvarez Barrientos también incide en ello destacando los enjundiosos edificios llevados a cabo para poner la ciudad a la altura de las demás capitales europeas, levantándose en este periodo algunas de las construcciones matritenses más icónicas y que transformaron su apariencia y le dotaron de una remozada monumentalidad. Pero el autor, si bien proporciona interesantes reflexiones al respecto, no se detiene en este rasgo, sino que adopta un inédito punto de vista sobre el Madrid de las Luces al ampliar de manera considerable su perspectiva, consciente de que una ciudad la conforman otras realidades más allá de las arquitectónicas y estrictamente urbanísticas; en estos otros elementos también se manifiestan las transformaciones de la ciudad, en ocasiones con mayor elocuencia si cabe. Esta mirada recuerda la de los propios contemporáneos del Madrid ilustrado. Unos lugareños de *La presumida burlada* (1768) de Ramón de la Cruz que visitaron por primera vez Madrid se sorprendieron por su dimensión y su aspecto novedoso, pero no menos por el lenguaje, los hábitos y la moda que imperaban en la capital (por ejemplo, vv. 115-144). Lo cierto es que el retrato global de una urbe no puede dejar de hacerse sin sus sonidos y sus olores, sin las costumbres, los gestos o las maneras de relacionarse de sus habitantes. Estos y otros muchos aspectos son atendidos por el autor, conformando las teselas del amplio mosaico que se va desplegando ante el lector, con el que captura el pulso y la dirección de la ciudad. Los títulos de los distintos capítulos en los que se divide el ensayo son reveladores de esta pluralidad de contenidos: «Imágenes y representaciones de Madrid», «Los cambios urbanísticos: de un incendio a una maqueta», «Civilización higiénica, cultura urbana y material. Nueva sociabilidad», «Las instituciones. Cultura y ciencia civil y militar», «Ocio y entretenimiento» y «Capital soñada, emblema nacional».

Una aproximación de esta entidad, donde se dan cita las alteraciones habidas en los edificios, en las calles, en las infraestructuras, en las viviendas, en las instituciones, así como en los hábitos, la actitud y el comportamiento de los ciudadanos que daban vida a todos esos espacios, sólo podría afrontarla con

garantías un autor con un excepcional conocimiento del siglo XVIII español. Es el caso. Joaquín Álvarez Barrientos (CSIC) es una reconocida referencia en el estudio de la Ilustración española, con una trayectoria bien asentada y responsable de una bibliografía de las más inspiradoras no sólo por dar a conocer multitud de obras o autores desenfocados, sino por su capacidad para situar y analizar con perspicacia los debates de la cultura española de las Luces, ofreciendo nuevas lecturas que superan los estrictos límites disciplinares. En este ensayo sorprende la pluralidad y propiedad de las fuentes que utiliza, pero no menos la sabia orientación que les imprime. Las diversas pinceladas de este retrato de una capital en construcción no resultan en una tela indescifrable como la que el fabuloso maestro Frenhofer acabó pintando en *La Obra Maestra Desconocida* de Balzac. Todo lo contrario, se hace patente un sólido argumento que vertebró todo el discurso: la de la transformación de Madrid en una capital moderna. Tal y como advierte el autor, el renovado semblante y significado identitario de la ciudad no podía conseguirse si únicamente se intervenía en la trama urbana, si no se cambiaba de igual modo el ser y el hacer de los ciudadanos. Ambos extremos, digamos que el urbano y el humano, no sólo son abordados sino puestos en relación de manera constante, en un relato que si bien como revela el índice presenta una adecuada organización, no resulta inflexible pues los diversos argumentos van tejiéndose y encontrándose en distintos momentos del discurso, fluyendo como la propia realidad urbana. La cuidada edición de Abada hace todavía más absorbente el recorrido propuesto.

Un aspecto destacado por el autor de los cambios que se dan en el Madrid de las Luces son las instituciones culturales y científicas que se fundan en este periodo en la capital. Se detiene en cada una de ellas, anotando que convirtieron a Madrid en un centro cultural de gran proyección, en la sede de la erudición y la investigación científica nacionales. Precisamente, la cultura va a consolidarse en esta época como un elemento definidor de la identidad y el prestigio de un individuo y por extensión de un colectivo. Por ello las ciudades que pretendieron devenir capitales acogieron los lugares donde se cultivaba y exhibía la cultura. De hecho, la importancia de este binomio de ciudad y cultura queda reflejado en el propio título del libro. En este marco de extensión del carácter representativo de la cultura, que también debía contribuir a la perseguida re-remozada civilización y sociabilidad de los ciudadanos, se incluiría por ejemplo la construcción y apertura del Museo del Prado, que en 2019 cumplirá su Segundo Centenario. Más allá de adelantarnos a rutilantes efemérides, la cita del Prado nos permite subrayar la importancia de algunos de los hechos y procesos que se dieron en el periodo estudiado por este ensayo. Incluso la exposición final en el Museo de las principales obras pictóricas españolas nos conduce a otro de los

hitos argumentales del libro: muchas de estas instituciones ahora creadas, como la propia ciudad, pretendieron contribuir a que la capital se convirtiese en un emblema nacional, que mostrase prestigiosos testimonios del legado cultural español y una apariencia digna de una gran nación, fortaleciendo con ello la identidad colectiva. De ahí las propuestas —no siempre realizadas— de levantar monumentos y esculturas conmemorativas a los considerados héroes nacionales, o de un finalmente frustrado Panteón de Hombres Ilustres, al que se le dedican interesantes líneas.

El Museo del Prado, tal y como revela su nombre, se levantó además en el paseo homónimo, la zona de la ciudad (el paseo y su entorno inmediato, en especial la calle de Alcalá) en la que se concentró la mayor actividad monumental y donde Álvarez Barrientos subraya se establecieron gran parte de las nuevas instituciones culturales y se desarrollaron algunas de las principales actividades de sociabilidad y entretenimiento de los madrileños. Con ello, el Prado se presenta como el privilegiado escenario de la nueva ciudad, de las renovadas costumbres y valores de la sociedad, uno de los epicentros donde ésta se presentaba y se representaba. El Paseo del Prado, por tanto, fue una arteria vital de la capital; en cierto modo, también lo es del propio libro.

Aunque la manera cómo Madrid se fue transformando entre 1701 y 1833 tiene en buena medida que ver con dinámicas y realidades internas, el autor incide en distintos momentos en que las aspiraciones perseguidas y los problemas habidos se dieron en otras grandes capitales europeas y en fechas similares. Madrid, como el propio país que quiso representar, no cabría verlo como una excepción continental, sino como una realidad desarrollada en paralelo y participativa de las tensiones que recorrían Europa. Si bien en este ensayo se muestra un Madrid volcado en dar forma a su capitalidad nacional, no por ello desmiente su dimensión europea. Todo lo contrario, por ello cabría considerarla algo que nunca negó: ser una capital continental.

El libro está modélicamente escrito y construido, sin excesos eruditos o vacía palabrería académica. Presenta un relato pulcro, claro, preciso y elegante en la expresión y la forma, como si hiciese suyo algo de esa pretensión civilizadora e ilustrada que analiza. Al lector curioso esta obra le proporcionará un paseo inteligente y evocador por una ciudad pasada pero decisiva para comprender la contemporaneidad, un relato que tal vez le sorprenda pero que sin duda le cautivará. El estudioso encontrará una perspectiva innovadora que le permitirá enmarcar análisis propios o se los provocará. En definitiva, un libro excelente, esperamos que ineludible y fecundo.

DANIEL CRESPO DELGADO